

=====

FABRICE LEHOUCQ

Adam Przeworski, Michael E. Álvarez, José Antonio Cheibub y Fernando Limongi, *Democracy and Development: Political Institutions and Well-Being in the World, 1950-1990*, Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 321 p.

*Democracy and Development* es una obra maestra. Su inquietud central es medir el impacto del desarrollo económico sobre la democratización y viceversa. Su meta es averiguar cuáles son las relaciones entre estos procesos en términos estadísticos e iniciar la búsqueda de las razones que vinculan el uno con el otro, tema que *Democracy and Development* introduce además con algunas hipótesis provocativas.

La obra de Przeworski y sus tres alumnos de posgrado del Departamento de Ciencia Política en la Universidad de Chicago (ninguno de los cuales se encuentra hoy en esa casa de estudios) ayuda a cerrar un círculo de investigaciones iniciadas por Seymour Martin Lipset en 1959. En las páginas de *American Political Science Review* (y posteriormente en su libro, *Political Man: The Social Basis of Politics*), Lipset fue el primero en utilizar indicadores estadísticos para afirmar que entre más avanzada económicamente es una

sociedad, más probabilidades tiene de convertirse en una democracia. Desde la publicación de sus estudios, los economistas, politólogos y sociólogos han gastado mucha tinta en respaldar, modificar o rebatir ese hallazgo.

A este debate, Przeworski y sus colegas aportan argumentos novedosos. Primero, ellos sostienen que la democracia no se puede medir como una variable o un conjunto de ellas que van de 0 a 100 (o al infinito). Si le interesa a uno medir conceptos —una tarea central de la ciencia política—, es importante establecer si la democracia es siempre una parte de la realidad que se puede mejorar y, por lo tanto, medir como un vaso más o menos lleno. A tal pregunta, *Democracy and Development* sostiene que no se puede comprender de esa manera por qué surgen regímenes democráticos. Przeworski y sus colegas sostienen que la democracia es un concepto que concibe sólo dos realidades: un sistema político es democrático o autoritario. Y por democrático definen un sistema donde el Ejecutivo y el Legislativo son electos por los ciudadanos entre candidatos de más de un partido político. Los sistemas que carecen de tales rasgos son autoritarios.

No hay duda de que muchos rechazarían tal conceptualización de la democracia. ¿Acaso el mundo es tan blanco o negro? ¿Se puede afirmar que la democracia es una tarea

humana capaz de consumarse plenamente? Pese a ser válidas e importantes, creo que tales preguntas evaden lo que realmente está en tela de juicio; aunque me preocupa que tal definición de democracia ignora otras dimensiones de los sistemas políticos —como, por ejemplo, los derechos de sufragio—, sí creo que la definición de Przeworski y sus colegas nos obliga a enfrentar una problemática central: ¿Por qué los políticos deciden abdicar del poder si pierden las elecciones? Al categorizar todos los sistemas como democráticos o autoritarios, los autores buscan comprender cómo afecta el desarrollo económico a la capacidad de los mandatarios de conservar o compartir el poder y, por ende, a la conformación básica de un sistema político. Vale la pena destacar que la respuesta a tal pregunta en *Democracy and Development* es indirecta, es decir, analiza el impacto de un proceso —el desarrollo económico— en tal comportamiento.

La respuesta de los autores a la pregunta planteada es quizá la otra gran innovación de esta obra. En pocas palabras, ellos sostienen que el desarrollo económico —medido por el PIB per cápita— no produce regímenes democráticos. Las transiciones del autoritarismo a la democracia son, según Przeworski y sus colegas, igualmente probables entre sociedades pobres y ricas,

aunque son más probables entre sociedades con economías intermedias. Lo que sí es cierto, argumentan, es que la democracia perdura más en las sociedades con mayores niveles de PIB per cápita. Dicho en otras palabras, los políticos pueden comenzar a competir en elecciones en cualquier nivel de desarrollo económico, pero tales esfuerzos sólo perdurarán en sociedades avanzadas.

¿Por qué? A tal pregunta, *Democracy and Development* es mucho menos clara. Algunos utilizarían tal ambigüedad para restarle méritos a esta obra maestra. Creo, sin embargo, que tal maniobra, aunque válida, ignoraría el gran valor del texto. Hay que comprender la realidad para explicarla, y gracias a *Democracy and Development* tenemos un estudio que comienza a cerrar 40 años de debate sobre la relación entre lo económico y lo político. Ya entendida la realidad, podemos explicarla.

Una forma de contestar la pregunta anterior es mediante la teoría de la modernización, es decir, por medio de transformaciones sociales. Ésta es, de hecho, la óptica de Lipset y de muchos sociólogos. Los países se democratizan porque se vuelven más urbanos, educados y complejos. Przeworski y sus colegas parecen ser muy escépticos con respecto a tales afirmaciones.

Otra perspectiva sería explicar la democratización en función de intereses y poder

y de no valores y sus procesos sociales conexos. Przeworski y sus colegas plantean tal argumento cuando especulan que, entre más rica es una sociedad, menos importante es controlar al Estado. Los políticos en sociedades pobres están dispuestos a romper con la democracia, porque el Estado es demasiado importante como fuente de empleo, prebendas y otros beneficios para permitir que los ciudadanos decidan quiénes comen y quiénes no. Tales argumentos se han puesto de moda recientemente y son blanco de análisis por economistas políticos como Robert H. Bates (*Prosperity and Violence*, 2001) y Mancur Olson (*Power and Prosperity*, 2000).

Finalmente, la otra razón por la cual creo que *Democracy and Development* es una obra maestra es que tiene otros hallazgos importantes, varios de los cuales apenas puedo mencionar en esta reseña. Según Przeworski y sus colegas, los regímenes parlamentarios son más estables que los presidenciales, en cualquier nivel de desarrollo económico. Ellos también argumentan que la forma de gobierno no difiere en cuanto al desarrollo económico si éste se entiende como crecimiento del PIB. Sin embargo, Przeworski y sus

colegas sí afirman que el PIB per cápita es más lento en sistemas autoritarios, ya que tales sociedades tienen un crecimiento demográfico más alto, una relación que ellos dicen no es pura coincidencia. En dictaduras, argumentan, hay más inseguridad y, por lo tanto, las parejas tienen que tener muchos hijos para asegurar su vejez. El resultado colectivo de tales decisiones individuales es que la sociedad se mantiene pobre y, lamentablemente, promueve comportamientos que complican la tarea de crear una sociedad desarrollada.

Increíble: todo esto gracias a varias becas del National Science Foundation que permitieron a Przeworski y sus colegas pasar varios años clasificando regímenes, obteniendo datos estadísticos, y manipulándolos por medio de paquetes estadísticos en sus PC. Seguramente algunos afirmarían que todo fue en vano. Al contrario, yo diría que no, y repito que, al asentarse el polvo, veremos que un debate central de las ciencias sociales se ha clarificado bastante. Gracias a *Democracy and Development*, sabemos con certeza que sí hay una relación positiva entre desarrollo económico y democratización, pero que no es determinante.